

Esta es una pequeña muestra
del libro *El Hombre de la cruz del medio*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

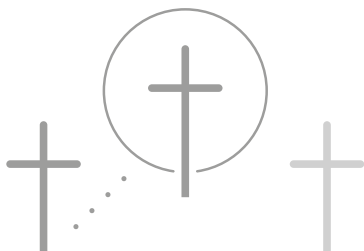
info@poiema.co



© 2025 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

El
Hombre
de
cruz del medio



El
Hombre
de
cruz del medio

¿VAS A IR AL CIELO?

Alistair Begg



Mientras lees, comparte con otros en redes usando
#CruzDelMedio

El Hombre de la cruz del medio

Alistair Begg

© 2025 por Poiema Publicaciones

Traducido del libro *The Man on the Middle Cross* © 2025 por Alistair Begg. Publicado por 10Publishing, una division of 10ofthose.com.

Esta traducción es publicada con el apoyo de Truth For Life, el ministerio de enseñanza bíblica de Alistair Begg.

www.truthforlife.org

TRUTHFORLIFE®

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1986, 1999, 2015, por Biblica, Inc. Usada con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-965296-26-4

SDG

251

En este libro, quiero compartir tres historias poderosas. Cada una de ellas registra una conversación que altera el curso de una vida.

Estos tres relatos se encuentran en la Biblia. Puede que pienses que la Biblia es un libro antiguo que tiene poca relevancia para hoy. Sin embargo, espero mostrarte que, en realidad, es la historia de una gran misión de rescate. La Biblia explica cómo Dios intervino en las circunstancias cotidianas de nuestras vidas y, al hacerlo, nos trajo esperanza, restauración y el camino de regreso a Él.

Alistair Begg
Chagrin Falls, Ohio

CAPÍTULO

1

Todo comenzó como un simple pasatiempo. Una prueba de ADN. En lo profundo de su corazón, ella esperaba que le ayudara a entenderse mejor a sí misma, a sentirse conectada con algo más grande, a llenar un vacío que no podía definir. Siempre había sentido curiosidad por su ascendencia, preguntándose si esos rumores familiares sobre un lejano pariente italiano eran ciertos. Quizá saber más sobre su origen le ayudaría a calmar esa sensación persistente de que algo le faltaba. No la envió de inmediato. Lo fue posponiendo, diciendo que no estaba segura de todo aquello. Pero un día decidió que no tenía nada que perder. Incluso estaba bastante emocionada por descubrir los resultados.

Sin embargo, cuando llegaron, la emoción dio paso a otra cosa. Primero confusión. Luego incredulidad. Después, algo más profundo, algo

que se movía dentro de ella y la desestabilizaba; algo que no podía describir.

Su padre no era su padre.

La realidad se asentó en su pecho como una piedra. Volvió a revisar los resultados, buscó explicaciones en internet, examinó toda la documentación. Pero no había ningún error. La evidencia estaba ahí, clara y contundente.

Pensó en su infancia, revivió conversaciones, vacaciones familiares, cenas de Navidad. ¿Se le había escapado algo? ¿Lo sabían los demás? Las preguntas le daban vueltas por dentro, pero no se lo contó a nadie. Ni a su madre, ni a su hermana, ni a su hija, ni siquiera a su amiga más cercana.

¿Qué significaba todo eso? Llevaba el secreto sola, como una herida invisible. Algunos días apenas le dolía. Otros días, le dolía tanto que apenas podía respirar. Se sentía tan sola, tan desconectada, y aún más lejos de esa sensación de plenitud que tanto había anhelado.

No era la primera en buscar algo más. Siglos antes, alrededor del año 30 d.C., otra mujer sintió esos mismos anhelos.

La mayoría de las personas estaban en casa, refugiándose del sofocante calor del Medio

Oriente. Pero justo afuera del pueblo, un hombre judío se detuvo a descansar junto al antiguo pozo de piedra. Sus túnicas estaban polvorientas y Sus pies adoloridos por el largo viaje.

Una mujer llegó desde el pueblo, cargando un pesado cántaro de agua.

Un hombre. Una mujer.

“¿Podrías darme un poco de agua, por favor?”, le pidió el hombre.

Hoy eso no nos parece gran cosa. Pero en aquel entonces, en esa parte del mundo, era algo enorme. Era común que ciertos hombres en esos días oraran más o menos así: “Dios, gracias porque no me hiciste mujer”.

Ese fue el problema #1: un hombre hablándole a una mujer.

Y luego vino el problema #2: ella era *samaritana*.

Cuando yo era joven y vivía en Reino Unido, a menudo escuchaba sobre los conflictos en Irlanda del Norte, donde protestantes y católicos literalmente se mataban unos a otros. Así de grande era el odio entre judíos y samaritanos. Había una profunda desconfianza y una enorme

enemistad. Y, sin embargo, Jesús, un hombre judío, habló con esta mujer samaritana.

“¿Podrías darme un poco de agua, por favor?”.

Notemos algo acerca de esta mujer. Era mediodía, y hacía un calor sofocante. La mayoría de las mujeres iban a recoger agua temprano en la mañana o al anochecer, cuando el clima era fresco. Pero esta mujer estaba en el pozo cuando no había nadie más. Es como ir de compras a la tienda justo antes de que cierre o recoger un medicamento en la farmacia bien pasada la hora de dormir. Es razonable suponer que no quería hablar con nadie. Que no quería ser juzgada.

Ella no tenía idea de que el hombre que estaba a punto de conocer era la única persona que tenía la autoridad para juzgarla, pero también era la persona más amorosa que conocería en su vida. Este hombre judío, Jesús de Nazaret, conocía sus tristezas y anhelos ocultos. Veía más allá de su pasado y de sus errores. Y en lugar de condenarla, le ofrecería un tipo de amor y gracia que nunca antes había conocido.

Él inicia la conversación. “¿Podrías darme un poco de agua, por favor?”.

¿Alguna vez te has preguntado cómo sería si Jesús se sentara a tu lado y conversara contigo? ¿Qué te diría? ¿Crees que empezaría a recitar grandes secciones de la Biblia? “No hagas esto. No hagas aquello. No hagas...”.

No dijo nada de eso, simplemente le pidió agua. Y esa simple petición tuvo un impacto inmediato en ella. De inmediato le respondió: “Esto es muy raro. Tú eres judío y yo soy samaritana”.

Jesús sabía eso, por supuesto.

“Si te sorprende eso”, le dijo, “espera a oír lo que tengo para decirte”.

Ella asumió que podía hacer algo por Él. Después de todo, Él quería un poco de agua, y ella tenía un cántaro. Pero en realidad, *ella* era quien necesitaba algo de *Él*.

La conversación tomó un giro inesperado: “Si supieras quién te está hablando”, dijo Él, “tú le habrías pedido, y Él te habría dado agua viva”.

Ella se sorprendió. Él no tenía cántaro, y el pozo era profundo. ¿De qué estaba hablando? ¿Qué era esa agua viva de la que hablaba?

“Escucha”, dijo Jesús. “Todos los que beben de *esta* agua volverán a tener sed. Pero quien beba del agua que Yo le dé, nunca más tendrá sed”. Esa

agua viva no saldría de un pozo. Jesús estaba hablando de algo mucho más profundo. Él conocía su anhelo de verdad y plenitud duradera.

Pero ella no entendía el punto: “¡Pues suena bien! Dame de esa agua viva. Así no volveré a tener sed ni tendré que venir aquí a sacar agua del pozo”. Ella seguía pensando en agua física.

Jesús sabía que ella necesitaba confrontar su necesidad *real*. Cuidadosamente, Él señaló su necesidad personal de perdón y salvación. Un verdadero encuentro con Dios y una transformación real siempre comienzan aquí.

Con amabilidad y amor, Jesús tocó suavemente el área de su vida que necesitaba cambiar, y apeló a su conciencia: “¿Por qué no vas y llamas a tu esposo?”.

“No tengo esposo”, murmuró ella.

Aquí viene el siguiente problema. Quizá el más grande de todos. Descubrimos que esta mujer ya había tenido cinco esposos. Y ahora estaba viviendo con otro hombre, y ni siquiera estaban casados. De nuevo, recuerda la época. Eso simplemente no se hacía en esos tiempos. No sabemos si su pasado fue marcado por desgracias, malos tratos o sus propias decisiones, pero sin

importar la razón, parecía haberla dejado aislada, evitando la mirada de los demás. Probablemente no era casualidad que fuera al pozo al mediodía, cuando pensaba que no habría nadie.

Entonces, ahí está el problema #3: ¿cómo reaccionaría este Maestro religioso ante una mujer así?

Jesús no le señaló cómo había fallado en amar a Dios, cómo había roto todos los mandamientos ni el desastre que había hecho de su vida. En cambio, se acercó a ella. Y Su mensaje fue este: “Te conozco. Conozco los anhelos de tu corazón. Estoy lleno de amor y compasión. Ven a Mí. No tienes que repasar tu historial de faltas. No tienes que enumerar todo eso. Yo lo sé”.

La mujer miró a Jesús asombrada. “¡Increíble! Veo que eres profeta”, dijo. Y comenzó una discusión sobre dónde deberían adorar. ¿En el lugar de adoración de los samaritanos o en el templo judío de Jerusalén? Ahora nos parece algo irrelevante, pero Jesús respondió con una verdad vital.

Le dijo que adorar no tiene que ver con ir a un lugar en particular; esta iglesia o aquel templo. No tiene nada que ver con un *lugar*. Tiene que ver con una *persona*.

La mujer dijo que sabía que un día vendría el Mesías prometido. “Estoy segura de que Él podrá explicarnos todo”, dijo.

¡Qué ironía! Estaba justo frente a ella. “Yo soy”, dijo Jesús. “No necesitas buscar en ningún otro lado”, dijo. “La verdad es que *Dios* ha venido a buscarte a *tí*”.

La imagen común que tiene nuestra cultura es que Dios juega a las escondidas y no quiere ser encontrado. Pero el relato que tenemos en la Biblia es lo opuesto. Somos *nosotros* quienes nos hemos escondido.

El pasado de esta mujer no era demasiado grande para que Jesús lo manejara. Él salió de Su camino para encontrarla, y le dijo: “Te conozco. Te amo”. Ella había estado buscando, anhelando algo más. Había buscado las respuestas en todos los lugares equivocados, pero ahora, frente a ella, estaba una respuesta que nunca había esperado. Ahora descubría qué era el amor *verdadero* y dónde podía encontrarse la plenitud auténtica.

Tiene un toque bastante actual, ¿no crees?

¿Qué hay de ti? ¿Tienes sed? Quizá hayas intentado de todo para saciar esa sed. Dices: “He probado esto. He probado aquello. He probado

lo otro. Esto me da un poco de satisfacción. Lleno mi vida con un poco de esto”. Quizá has intentado de todo, buscando algo que te haga sentir completo.

Mira la historia de esta mujer. Aprende de ella. Ella había buscado respuestas. Pero en el momento en que conoció a Jesús, todo cambió. Se dio cuenta de que había encontrado algo, o a alguien, diferente. Ella corrió de regreso a su pueblo, ya no para esconderse, ya no avergonzada. “¡Vengan a ver!”, dijo a sus vecinos. “Vengan a conocer al hombre que sabe todo sobre mí, y aun así me ama”.

No se nos cuenta el resto de la historia de esta mujer, pero déjame imaginar qué pudo haber pasado. Si volviéramos al pueblo un par de años después, quizá la encontraríamos sacando agua del pozo como siempre, pero ahora al mismo tiempo que todas las demás mujeres, no sola. Quizá alguna de ellas se le acercaría y le diría: “Te ves tan tranquila últimamente. Has cambiado. Ya no te escondes. ¿Qué pasó?”. Y me imagino una suave sonrisa extendiéndose por el rostro de la mujer samaritana. “Siempre estaba buscando algo que me satisficiera, buscando constantemente, pero

siempre faltaba algo. Antes tenía tanta sed, pero el hombre junto al pozo calmó mi sed”.

¿Qué hay de tu historia? ¿Tienes secretos dolorosos, tristezas ocultas, sueños no cumplidos, heridas tan profundas que son demasiado pesadas para cargar? Jesús viene en busca de cada uno de nosotros, no para condenarnos, sino para ofrecernos agua viva, esa plenitud que todos anhelamos.

Si nos volvemos a Él, nosotros también podremos decir: “El hombre junto al pozo calmó mi sed”.

Toma un momento para leer la historia tal como la contó Juan, uno de los discípulos de Jesús.

**JUAN CAPÍTULO 4,
VERSÍCULOS 3-30, 39-42**

Por eso [Jesús] se fue de Judea y volvió otra vez a Galilea. Como tenía que pasar por Samaria, llegó a un pueblo samaritano llamado Sicar, cerca del terreno que Jacob había dado a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, fatigado del camino, se sentó junto al pozo.

Era cerca del mediodía. En eso, una mujer de Samaria llegó a sacar agua y Jesús le dijo:

Dame un poco de agua.

Sus discípulos habían ido al pueblo a comprar comida. Entonces, como los judíos no se relacionaban con los samaritanos, la mujer respondió:

¿Cómo se te ocurre pedirme agua, si Tú eres judío y yo soy samaritana?

Jesús contestó:

Si supieras lo que Dios puede dar y conocieras al que te está pidiendo agua, contestó Jesús, tú le habrías pedido a Él y Él te habría dado agua viva.

La mujer dijo:

Señor, ni siquiera tienes con qué sacar agua y el pozo es muy hondo; ¿de dónde, pues, vas a sacar esa agua viva? ¿Acaso eres Tú superior a nuestro padre Jacob que nos dejó este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y su ganado?

Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed, respondió Jesús, pero el que beba del agua que Yo le daré no volverá a tener sed jamás, sino que dentro de él esa agua se

convertirá en un manantial del que brotará vida eterna.

Señor, dijo la mujer, dame de esa agua para que no vuelva a tener sed ni siga viniendo aquí a sacarla.

Ve a llamar a tu esposo y vuelve acá, dijo Jesús.

No tengo esposo, respondió ella.
Jesús le dijo:

Bien has dicho que no tienes esposo. Es cierto que has tenido cinco y el que ahora tienes no es tu esposo. En esto has dicho la verdad.

La mujer dijo:

Señor, me doy cuenta de que Tú eres profeta. Nuestros antepasados adoraron en este monte, pero ustedes los judíos dicen que el lugar donde debemos adorar está en Jerusalén.

Jesús contestó:

Créeme, mujer, que se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorarán ustedes al Padre. Ahora ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación proviene de los judíos. Pero se acerca la hora, y ha llegado

ya, en que los verdaderos adoradores rendirán culto al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu y quienes lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad.

Sé que viene el Mesías, al que llaman el Cristo, respondió la mujer. Cuando Él venga nos explicará todas las cosas.

Ese soy Yo, el que habla contigo, le dijo Jesús.

En esto llegaron Sus discípulos y se sorprendieron de verlo hablando con una mujer, aunque ninguno preguntó: “¿Qué pretendes?”, o: “¿De qué hablas con ella?”.

La mujer dejó su cántaro, volvió al pueblo y decía a la gente:

Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será este el Cristo?

Salieron del pueblo y fueron a ver a Jesús.

Muchos de los samaritanos que vivían en aquel pueblo creyeron en Él por el testimonio que daba la mujer: “Me ha dicho todo lo que he hecho”. Así que cuando los samaritanos fueron a Su encuentro le insistieron en que se

quedara con ellos. Jesús permaneció allí dos días y muchos más llegaron a creer por lo que Él mismo decía.

Ya no creemos solo por lo que tú dijiste, decían a la mujer; ahora lo hemos oído nosotros mismos y sabemos que verdaderamente este es el Salvador del mundo.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro
El Hombre de la cruz del medio.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2025 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!